

**CONFESIONES DE UN ADICTO
A LA ESPERANZA**

TIMOTHY LEARY

CONFESIONES
DE UN ADICTO
A LA ESPERANZA

Traducción de
Luis González Castro

PÁGINA INDÓMITA

Título original:
Confessions of a Hope Fiend,
publicado por Bantam Books en 1973

© Herederos de Timothy Leary,
a los que la editorial, tras haber realizado sin éxito
todas las búsquedas necesarias para identificarlos y localizarlos,
reconoce la titularidad de los derechos de reproducción
y su derecho a percibir las retribuciones
que pudieran corresponderles
© de la traducción, Luis González Castro
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: abril de 2023

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-126489-0-4
Depósito legal: C-203-2023

ÍNDICE

Nota a la presente edición	9
Confesiones de un adicto a la esperanza.....	11
I	13
II	35
III	51
IV	69
V	83
VI	103
VII	123
VIII	131
IX	143
X	155
XI	173
XII	191
XIII	205
XIV	225
XV	237
XVI	257
XVII	261

XVIII	277
XIX	291
XX	303
Índice onomástico	311

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

El título original de este libro, *Confessions of a Hope Fiend*, es uno de esos juegos de palabras que tanto le gustaban a Timothy Leary, y uno que resulta difícil conservar en la traducción. El autor juega con la similitud fonética y gráfica de las expresiones *hope fiend* (adicto a la esperanza) y *dope fiend* (drogadicto, drogata) y con otros títulos clásicos como *Confessions of an English Opium-Eater* (1821), de Thomas de Quincey, y *The Diary of a Drug Fiend* (1922), de Aleister Crowley, quien es mencionado en repetidas ocasiones en las páginas que siguen.

En la presente edición en español, hemos incluido una serie de notas a pie de página que ayudarán al lector a seguir la trama. Si este desea mayor información sobre Timothy Leary, el resto de los protagonistas, los hechos aquí narrados y el contexto histórico, lo remitimos a *Sueños de ácido. Historia social del LSD*, de Martin A. Lee y Bruce Shlain, obra publicada recientemente por esta misma editorial.

**CONFESIONES DE UN ADICTO
A LA ESPERANZA**

Corte Suprema del condado de Orange, 19 de febrero de 1970. Cerca de la medianoche, el jurado llegó con el veredicto. Las deliberaciones habían durado todo el día. El fiscal estaba preocupado, y nosotros, aburridos.

Bonne Chance repartió las cartas: un lote de locos, enamorados y magos.¹ El mazo de cartas había sido barajado mucho antes de este día del juicio. Habíamos pasado las dos semanas del proceso judicial en el sonámbulo estupor de la sala del tribunal. Había sido un año de melodramáticas vicisitudes en Texas, Nueva York y California, con tres pelotones del *establishment* jurídico estadounidense pisándonos los talones. Así pues, nos sentimos aliviados de que el clímax estuviese a punto de producirse. Los procesos judiciales se habían convertido en farsas aburridas.

Durante el día de espera, una cómica amabilidad había reinado en la sala del tribunal. Las dos semanas de confinamiento con funcionarios judiciales y ayudantes del *sheriff* habían dado lugar a una cautelosa aceptación mu-

1. El Loco, el Enamorado y el Mago son tres de los arcanos mayores de las cartas del tarot.

tua; éramos como los supervivientes de un naufragio, pasajeros y tripulación arrojados juntos en un mismo bote salvavidas.

Se trataba de un caso importante para el fiscal del distrito. Este había reunido a un jurado de hombres y mujeres ultraconservadores, dispuestos a ahorcarme, pero la larga espera le aterraba. Cuando los miembros del jurado pidieron café, agarró la chaqueta del alguacil, se puso el sombrero de tres picos y caminó de puntillas por la sala del tribunal imitando a un camarero. Grandes carcajadas.

El veredicto no sorprendió a nadie. Todos fuimos declarados culpables de posesión, el crimen del mago. Ella² fue condenada por dos delitos: diez años por unos pequeños pedazos de hachís y diez años más por unas pocas dosis de LSD. El joven Jack era culpable de lo mismo.³ A mí me condenaron por dos colillas de porro que aparecieron en la mano del policía que registró el cenicero del vehículo que yo conducía. Y en este juicio, como en el otro al que me sometieron en Laredo, Texas, mis abogados no elaboraron una estrategia de defensa. Esperábamos ganar el caso en un tribunal superior. Me aseguraron que sería puesto en libertad de inmediato tras presentar una fianza de apelación. La Constitución de los Estados Unidos y todos los precedentes legales garantizaban dicha libertad bajo fianza.

Pero el mágico mantra, «culpable», produjo un cambio dramático en el juez. El afable hombre que solía jugar al frontón con mis abogados se convirtió de repente en

2. Se trata de Rosemary Sarah Woodruff (1935-2002), por entonces tercera mujer de Timothy Leary. A lo largo de todo el libro es mencionada siempre como «Ella».

3. Jack Leary (1949), uno de los hijos del autor, fruto de su primer matrimonio con Marianne Busch.

un sombrío inquisidor, y no estábamos preparados para el espíritu vengativo. Anunció que no se me pondría en libertad bajo fianza. Dado que yo era un peligro para la sociedad y una amenaza para la comunidad, quedaría de inmediato bajo la custodia del *sheriff* del condado de Orange. Las luces fluorescentes de la sala del tribunal resplandecían en su cabeza rapada mientras agitaba los documentos en los que basaba su condena.

Tras ello, los ayudantes del *sheriff* se me acercaron:

—Lo esposaremos fuera, en el pasillo, para que su mujer y su hijo no tengan que presenciar la escena.

—Vuelve pronto —dijo Ella.

Me pusieron las manos en la espalda, me esposaron y me llevaron a la cárcel del condado de Orange en un coche patrulla. Todo muy eficiente.

Las puertas de entrada se abrieron por control remoto, mientras los mensajes de radio iban y venían desde el coche a la oficina central. Tras pasar bajo el duro resplandor de la recepción, la puerta de una celda de detención se abrió y se cerró después de que yo pasase. El suelo era de cemento, y no había donde sentarse. Los guardias se reunieron al estilo del Nuevo Testamento y miraron con curiosidad, riéndose del nuevo mártir.

—Te encerraremos y tiraremos la llave. Si de nosotros depende, nunca saldrás de aquí.

Sus palabras despertaron el interés de mi compañero de celda, quien dormitaba con la cabeza apoyada en las rodillas.

—¿Por qué te dicen eso, tío? ¿Qué has hecho?

—Dios sabe —respondí.

La fatiga y la solitaria melancolía que se experimentan en la cárcel se apoderaron de mí. No pasaría la noche en los brazos de Ella.

Tras un largo rato, las puertas de la celda se abrieron y entré en una gran estancia de recepción. Al otro lado del mostrador había dos tipos que llevaban el uniforme verde de los presos a los que se les asignan tareas.

—Quítate la ropa y levanta los brazos.

Un tipo con cara de aburrido me apuntó con una pistola de chorro y roció mis axilas y mis testículos con DDT.

Tras una ducha con agua helada, me puse la ropa de presidiario y cooperé pasivamente durante el largo proceso de toma de huellas dactilares. En una esquina, los guardias golpeaban a un negro borracho.

Con mi expediente carcelario, subí por la escalera mecánica. Los guardias observaban en silencio tras un cristal blindado. Aquella era una moderna cárcel orwelliana. Me entregaron un colchón plastificado, sábanas, mantas y una toalla, y me dejé caer sobre ese blando ajuar, al lado de jóvenes deprimidos.

Pasado un rato, recibí la orden de una voz metálica:

—En pie. Coge tus cosas y baja al módulo K.

Luces rojas y verdes parpadeaban en el panel de la sala de control. Tras el cristal, un guardia con el pelo cortado al rape y vestido de color caqui me señaló el pasillo. Lo recorrí, dejando atrás varias jaulas con capacidad para ocho hombres. Una puerta se abrió.

—La litera superior.

Lancé el colchón sobre la base de metal y, demasiado cansado como para ocuparme de las sábanas, subí y desconecté.

La luz del amanecer y el ruido me despertaron. Mis siete compañeros de celda tosían, defecaban, se lavaban y refunfuñaban.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—El desayuno. Duerme si quieres.

Continué durmiendo hasta que volvió a despertarme el estruendo de la televisión. Me senté en la litera. Mis compañeros de celda se agruparon a mi alrededor. Una reunión familiar de sonrientes inadaptados.

—Tienes muchos amigos aquí.

Uno de los presos que trabajaban en la cárcel nos pasó cigarrillos y dulces a través de los barrotes. Y un santo de pelo largo me entregó el evangelio de Buda (había muchos hombres iluminados, embriagados de Dios, en la cárcel del condado de Orange).

Tras oír el timbre que anunciaba el almuerzo y abrirse la puerta, marchamos en fila india hacia el comedor. Mi primera comida en la cárcel: una bandeja de hojalata cargada con gachas mugrientas y una taza de agua clozada.

Me senté junto a un gigantón arisco de cejas pobladas y cabello negro peinado hacia atrás. Sus enormes brazos estaban cubiertos de tatuajes: una chica desnuda de color azul cielo; un diablo con tridente, de color naranja y al estilo de Disney; una morena grabada en púrpura, con su evocadora vulva temblando donde la vena se hacía más visible, y una aguja y una cuchara con el lema «El jaco mola». El tipo flexionó los brazos y tensó los músculos.

—Solo te falta el tatuaje de «Nacido para perder» —dije.

—Lo tengo en mi hombro —respondió riendo y subiéndose la camisa de manga corta.

—¿Y ese número ocho?

—Heroína, tío, la octava letra del alfabeto.

—¿Te va la heroína? Lo mío es el H₂O —dije con una sonrisa aristocrática.

—Sí, tío, me pone, ese es mi rollo.

Me hubiera gustado hablar más con él, pero el guardia hizo un gesto con el dedo y nos ordenó dirigirnos a los cubos de basura.

De vuelta en la celda, me llamaron por megafonía:

—Coge tus cosas y ve a la *playa*.

(En esa cárcel de Orange llamaban la «playa» a la pasarela frente a las celdas. En la de Los Ángeles era la «autopista».)

Enrollé el colchón cubierto de plástico y las mantas mientras mis compañeros se apiñaban a mi alrededor.

—Buena suerte, tío. Te largas.

Floté feliz hasta el final del módulo. Las puertas de barrotes se abrieron y el altavoz me ordenó continuar hasta el módulo D. El ojo invisible me observaba.

—Camina tres metros y gira a la derecha.

Las puertas de metal se abrieron. Estaba en un nuevo nivel con celdas individuales.

—Deja tus cosas en la D3.

La celda estaba vacía, y todo era de metal: la cama, la mesa, el retrete, el lavabo. Tiré el colchón sobre la cama.

—Puedes quedarte en la celda o ir a la sala de estar.

Había diez hombres en dicha sala, viendo la televisión. Se formó un círculo en el que todo eran sonrisas de club secreto.

—¿Sabes dónde estás ahora? La zona de los asesinos, la élite. Esto es alto voltaje. Custodia bajo protección.

Comenzamos el viejo ritual de la reunión de reclusos y comentamos por qué cada uno de nosotros había acabado allí.

Más tarde, volvieron a llamarme por megafonía:

—Recoge tus cosas.

Un dial invisible abrió la celda y la voz de metal me dirigió por el pasillo, hasta otro módulo.

—Bienvenido al módulo N, custodia protectora para malos actores, no cooperadores, soplones y *acid heads* mesiánicos como tú. Solía haber pederastas, ladrones de bebés, hijos de puta y una variedad de delincuentes sexuales, pero los han trasladado al siguiente módulo.

En el módulo N estaba un delgado y bello amante de los niños, un homosexual que contaba delicadas historias de niños de doce años que se la chupaban lujuriosamente cuando se bajaba los pantalones en el sofá, hasta que llegaba la madre y llamaba a la policía. En ese módulo estaba el joven Jesús, un *acid head* barbudo y pasado de estimulantes. Otro mártir de las drogas, una mente marcada por el ácido y después enganchada a la logorreica Metedrina. Con una sonrisa demente, estaba conectado día y noche a una centralita neptuniana que emitía sin cesar auténticas vibraciones galácticas y telepáticos mensajes informáticos. Y allí estaba también «Wendel el Matón», el musculoso rey protector, quien profería suaves amenazas a los temerosos y excitados homosexuales que desde el módulo inferior le lanzaban chicles y dulces besos mientras meneaban el trasero. Y el silencioso y joven soplón chicano, atemorizado en un rincón de la celda. Y el también silencioso Black, un gigante que albergaba una furia salvaje y psicótica en su oscura cueva y nunca salía a comer. Y Tom Lynn, un aries rubio y endeble de veinte años, quien se sentaba a mi lado en la sala de televisión y me contaba historias sobre Vietnam, la marihuana, el opio de Tokio, los rituales de amor con ácido en los hospitales del ejército, las concubinas fumadoras de hachís en Bangkok, los chutes de heroína en los lavabos de mujeres de las gasolineras donde había trabajado. Por las noches se paraba delante de mi celda fingiendo barrer el suelo y, apoyado sobre la

escoba, balbucía sus historias hasta que le ordenaban volver a su celda.

Entonces se hacía el silencio en el módulo, pero después, cada noche, una espeluznante voz asesina llegaba a través de los ventiladores del bloque de celdas contiguo:

— ¡Lynn, puto cabrón, prepárate para morir! ¡Tienes los días contados!

Y es que Tom Lynn llevaba la marca del soplón. Estaba bajo custodia protectora, pues podría ser acuchillado cualquier noche por la espalda. Me contó la historia de un crimen, de un tipo perverso llamado Willie Madden, un ladrón de poca monta que iba armado y que pegaba palizas de muerte a los dueños de las confiterías que atracaba, mientras estos pedían ayuda a gritos. Willie y Tom solían meterse caballo juntos, y ahora el primero se enfrentaba a tres cadenas perpetuas.

— Es un tipo realmente malo. Pega a su mujer, a su madre, a los dueños de las tiendas, a sus víctimas. Su especialidad es sodomizar a los presos débiles. Sangre, sangre y más sangre.

Willie culpaba de sus problemas a Tom. Cuando este me contó esa oscura historia, me estremecí en la fría niebla que había caído sobre la prisión.

Dos veces a la semana, los días de visita, nos conducían a una sala llena de gente, donde a través del cristal veíamos a nuestros visitantes apelotonados en el pasillo. Nos sentábamos en una cabina abierta y hablábamos por teléfono con los familiares y amigos al otro lado del cristal.

En una de esas visitas, Ella vino rodeada de amigos. Traía malas noticias. El juez era implacable. Los abogados se sentían impotentes y confundidos. Los editoriales de los

periódicos elogiaban la política represiva, el rigor de la ley y el orden.

Temíamos que aquel vidrio de la prisión nos separase de por vida. La situación era preocupante y caímos en el desánimo. Ella tenía la cara pegada al cristal y los ojos muy abiertos.

—Te liberaré, amor —dijo.

Tras veinte minutos, la línea fue desconectada y nos despedimos mediante gestos.

Regresé a la caja de metal de metro y medio de ancho, tres metros y medio de largo y tres de alto, coloqué el colchón de modo que sirviese de cojín para el taburete de metal, saqué un bloc de notas amarillo y comencé a escribir este libro.

Durante nueve días, bajo una luz pálida, afilando el lápiz con una cuchilla de afeitar, escribí esta historia de la cárcel y un plan detallado para derrocar al gobierno de los Estados Unidos sin recurrir a la violencia. Escribí con letra legible y cuidada, mientras comía chokolatinas y fumaba. Cuando sufría calambres en la mano, me acercaba al espejo para mirar mi cara pálida, hacía yoga y me acostaba en la cama. Los libros que leía me llegaban de manera subrepticia, y los cuadernos para escribir estaban prohibidos, de modo que oculté las hojas de este manuscrito bajo mi colchón y esperé la visita de mi abogado para sacarlas a escondidas de la cárcel.

Días antes de que se dictase mi sentencia, me llamaron para una entrevista que ayudaría a decidir si se me concedía la libertad condicional. La funcionaria era una mujer blanca alta y nerviosa, que me echaba el humo de su cigarrillo en la cara. Me preguntó sobre mis estudios y mi currículo militar, sobre mis ingresos, activos, acciones y bonos, sobre

mis antecedentes penales, mi consumo de drogas y mis matrimonios. Y tomó notas con diligencia. En ellas, fui dignificado cordialmente, se descartó mi martirio y se determinó que no había riesgo de que intentase escapar.

Tras almuerzo, el altavoz graznó mi nombre:

—Prepara tus cosas. Te vas al Tribunal Federal de Texas.

Abajo, en el cuarto de ropa que había en el sótano, me entregaron una bolsa de plástico con mi traje de franela de estilo londinense y unas botas safari de cuero. Después, esperé durante tres horas en la celda de detención, hasta que llegaron dos negros corpulentos. Los guardias de la cárcel se apiñaron respetuosamente en torno a ellos.

—¿Sois del FBI?

—Policías federales —respondieron, con mirada de desdén.

Me cachearon con profesionalidad. Cuando se inclinaron pude ver sus fundas de hombro soviéticas con pistolas de color azul acero. Tras ello, me condujeron esposado a un coche patrulla y fuimos al aeropuerto de Los Ángeles.

Detrás de la terminal nos cambiamos a un coche patrulla local, atravesamos la pista esquivando los aviones de pasajeros y paramos bajo el ala de un avión que nos estaba esperando. Me mantuvieron aislado en un asiento junto a la ventana hasta que aterrizamos en Phoenix, Arizona.

—Te haremos un favor. Te dejaremos en el Campo de Detención Federal. No creo que te guste la cárcel de la ciudad de Phoenix.

Me dejaron en una jaula federal para ganado durante dos días y regresaron somnolientos y apestando a whisky. Hicimos un vuelo a Houston que duró toda la noche y al

llegar, sin afeitarse y sin dormir, me metieron en una celda del Palacio de Justicia.

Dos alguaciles me sujetaron de los brazos cuando entramos en la sala del tribunal. Ella estaba sentada entre el público, mostrándome su amor. Mis abogados parecían preocupados. Sonó el golpe del mazo de madera. Su señoría, un juez de hombros encorvados y túnica negra, miró a un pequeño y gris criminal. Su acento tejanero mutilaba las palabras. Era como si pasasen por el cuchillo de un carnicero.

—Es usted un ladrón—le dijo el juez al hombrecillo—. Y según parece un ladrón inteligente —su cara se contrajo—. Le condeno a quince años en la prisión federal.

El pequeño ladrón estaba sentado a mi lado. Nuestras miradas se encontraron y nos encogimos de hombros.

Llegó mi turno. El juez no me miraba a los ojos. Era la hora del sensacionalismo televisivo: un juez de ceño fruncido, con un tic que revelaba su carácter reprimido; los funcionarios del tribunal, viejos decrépitos con caras espeluznantes; el gordo fiscal federal, que cubría sus cien kilos de grasa blanca con un traje azul oscuro y calcetines blancos. Las venas de su cuello latían mientras describía en voz alta sus fantasías sexuales con chicas y chicos jóvenes:

—Señoría, se los pervierte, se los corrompe. Los llevan por el mal camino y los destruyen, señoría.

Éramos el clásico elenco de forajidos: un alquimista encadenado que había sido despedido de la Universidad de Harvard; su hermosa mujer de pelo largo y ojos oscuros y temblorosos; dos abogados jóvenes y valientes que hábilmente señalaban al enfurecido juez los errores reversibles cometidos durante el proceso.

Fui sentenciado a diez años en una prisión federal por haber estado en un vehículo en el que otra persona llevaba una ridícula cantidad de marihuana, menos de media onza. El juez, al igual que había hecho su colega de California, argumentó que yo era un peligro para el orden social y se negó, de manera contraria a la ley, a concederme la acostumbrada libertad bajo fianza.

Los abogados hicieron que los guardias me dejaran pasar exactamente dos minutos con Ella, quien se echó en mis brazos. Por primera vez en semanas tuvimos contacto físico. Luego, los agentes federales nos separaron.

Mis abogados me pidieron una breve declaración para la prensa. Arrancaron una hoja de una libreta y escribí con rapidez. Dije que el amor no podía ser encarcelado.

Esposado, me sacaron a toda prisa de la sala del tribunal. Sonreí al agitado grupo de reporteros y fotógrafos que tropezaban unos con otros junto a los arbustos, mientras las cámaras giraban a través de un bosque de micrófonos. Me subieron al coche patrulla, que con un rugido partió hacia el aeropuerto.

—Tienes diez años para pensar en el gran jaleo que has montado en Houston —dijo uno de los agentes.

Me alegré de volver con mis amigos de la cárcel del condado de Orange. Fue entonces cuando conocí a Bud Bennett, un yonqui de cuarenta años encarcelado por vender heroína. Había pasado una década en varias prisiones y otra estudiando yoga y fumando hachís y opio a orillas del Ganges. Era un erudito. Había equilibrado perfectamente la ecuación Tiempo-Espacio.

—La celda de la prisión es mi hogar en el Espacio. Es meditación forzosa. Pero, en el Tiempo, me encontrarás en Benarés, la ciudad más sucia del sistema solar. Allí el

olor es muy fuerte, como un pedo monstruoso que apesta a tierra mojada. Resulta agradable. Los peregrinos se adentran en el agua, rezan, se lavan, meditan y contribuyen al aroma de carne quemada y alcantarillado abierto. Los hindúes que mueren en Benarés van directos al cielo, en una especie de *baksheesh*⁴ de Shiva, quien ríe por lo bajo en la garganta púrpura y levanta a montones de esos hindúes por la cola, como si fuesen mandrágoras. India es libre como las drogas psíquedélicas.⁵

Bennett me ofreció una iluminación que provenía directamente de la sede central, que estaba sellada de forma hermética y era vendida legalmente en todas partes a lo largo del Ganges. Me contó que, mientras estaba sentado junto a una desierta escalinata crematoria de dicho río, donde las aguas crecidas golpean las piedras que se desmoronan, su fe en la razón había fluido hacia fuera desde la parte superior de su cabeza y se había mezclado con el humo de la pira funeraria. Allí, la lógica había muerto. Bennett sabía que él no sabía nada.

—Sentado junto a mí estaba un anciano patriarca, con los noventa y nueve nombres de Alá grabados en

4. Acto caritativo.

5. Del inglés *psychedelic*, que deriva del griego *psyche* (alma) y *dele* (evidente, manifiesta). Si bien el diccionario de la RAE no recoge las expresiones *psíquedelia* y *psíquedélico*, sino *psicodelia* y *psicodélico*, cuyo empleo es predominante, aquí se ha optado por las dos primeras porque son las más frecuentes en el ámbito culto, esto es, entre los entendidos en la materia (como es el caso de Antonio Escohotado). No en vano, *psíquedelia* y *psíquedélico* son más fieles a sus equivalentes originales en lengua inglesa, pues su acuñador, Humphry Osmond, dejó deliberadamente al margen la pulcritud etimológica cuando eligió como raíz *psyque* (*psique*) y no *psycho-* (*psico-*). Véase, al respecto, Martin A. Lee y Bruce Shlain, *Sueños de ácido. Historia social del LSD*, Página Indómita, Barcelona, 2023, p. 112.

las arrugas árabes de su rostro. Fumamos una pipa de agua.

Así, Bennett comenzó a transmitirme el tantra del *atman*, el yoga del amor propio, la *sadhana* secreta de la autodevoción. Dijo que era una clave definitiva, una técnica neurológica para la erotización y el mantenimiento de un estado de éxtasis.

Enseñaba las 108 meditaciones del tantra del *atman*. Despegas fumando hachís fuerte. Luego, sentado en la posición del loto en una habitación silenciosa, produces una erección pensando en la fantasía más lasciva que la imaginación pueda conjurar. Mantienes el tallo floreciente mientras recuerdas una a una las 108 visiones sexuales. De ese modo, privado de estímulos externos, el sistema nervioso del preso crece con los recuerdos. Con cada recuerdo pasa a la siguiente cuenta del rosario. Y al llegar al 108, se alcanza un orgasmo cósmico.

Bennett me contó la siguiente historia: en Benarés conoció a un santo anciano llamado Yo Henbene, quien había sido profesor en la universidad pero la había abandonado. El anciano decía que todo lo que uno necesita en la vida es un mendrugo de pan y un poco de hachís todos los días; su discípulo, Tambi, le llevaba el hachís cada mañana. Vivía en una pequeña habitación sin muebles, en la que solo había una alfombra de oración, un chal, una jarra de agua y un narguile. En la habitación de al lado moraba un hombre lisiado, quien no tenía ni brazos ni piernas; un mendigo muy exitoso. Las prostitutas locales lo sacaban a la calle por la mañana y lo llevaban de vuelta por la noche para darle de comer. Cada noche la chica que él había elegido lo metía en una canasta y se lo llevaba para follárselo. Era un hombre muy viril, con una gran polla. De hecho, no era más que eso: una cabeza, un tronco y una polla. Las

prostitutas competían por cuidarlo, pues tenía mucho dinero y los polvos con él eran misteriosos. Para estas chicas, que ya habían probado todo lo demás, un tipo así era como un tesoro. Y el viejo profesor, en la vivienda de al lado, meditaba, soñaba y escuchaba a través de la pared la música de la habitación del mendigo.

Bennett me transmitió su versión particular del budismo *hinayana*; una *asana* que producía el desapego definitivo. La llamaba el Círculo de la Serpiente. Eran cantos de alabanza a la hermafrodita serpiente cósmica que devora su propia cola. El adepto, sentado en la posición de loto tras largas horas de estiramiento muscular, llegaba a ese punto de relajación donde podía incorporar su propio órgano de reproducción. En este momento, decía Bennett, cesaba la evolución, el día se fundía con la noche, el macho con la hembra. Restablecida la conexión final, uno abandonaba suavemente la rueda del deseo externo. ¿Qué otra cosa le queda por hacer a un sistema nervioso confinado? Me prestó su rosario budista, hecho de cuentas con reminiscencias eróticas, en las que se alternaban las formas del falo y de la vagina.

Después de cenar íbamos a la sala de la televisión y allí, sentado a mi lado al estilo hindú, Bennett me transmitía su mensaje. Durante sus largas condenas en prisión había aprendido a activar todo su cuerpo mediante una secuencia sistemática de asociaciones neurales.

El primer paso consistía en desarrollar el control total de la erección y el orgasmo, lo cual, según Bennett, era cosa sencilla si al adepto se le facilitaban el hachís y la soledad necesaria para que aflorasen las visiones.

El segundo paso era transferir la corriente erótica de una parte del cuerpo a otra. Sus instrucciones para cargar el ano eran de particular interés y generaban vibraciones

sodomitas. Mantuve la receptividad anal pensando en las gráciles posiciones que Ella adoptaba, en sus húmedas expectativas y sus jadeantes reacciones. La imaginé como una adolescente deseosa, ansiosa de una polla. Imaginé su primer polvo, con la estrella del equipo de rugby del instituto. Imaginé la primera vez que experimentó cada posición sexual. Me convertí en Su sexualidad. «Estírate y retuércete suspirando. Tu culo crecerá hasta convertirse en el coño del mundo», decía Bennett.

Pero el objetivo de este tantra autoerótico no era la satisfacción propia. Debía dedicarse en pureza al entretenimiento amoroso y el placer sensual de Ella. Una vez que has aprendido cómo se conectan los impulsos eróticos en tu propio cuerpo, puedes pensar en hacerle el amor con el estilo y la elegancia que Ella se merece.

Y así, los días pasaban rápidamente. Leí, escribía, me recostaba en el suave sofá de la memoria, mientras cuatro televisores a todo volumen emitían distintas películas; generalmente *westerns* o cine negro con abundantes tiroteos entre ladrones y policías. Y luego estaba el eterno repique-teo de las fichas de dominó sobre las mesas de metal; el sonido reverberaba en el edificio de cuatro pisos.

Las puertas de hierro se abrían con un chasquido y se cerraban con un portazo. A lo lejos, en la calle de la libertad, sonaban los motores de los camiones y las bocinas de los coches. De los pabellones vecinos llegaba el ruido de las continuas discusiones y se oían los insultos. Mientras, la sangre fluía suavemente por mis arterias.

Llegó el día de la sentencia. Me apiñaron con otros cincuenta hombres en una pequeña celda de detención en el sótano y cambiamos el uniforme de presidiario por la ropa de calle. Aquello era una extraña fiesta de disfraces, en la

que cada hombre se despojó del uniforme común y, en una curiosa metamorfosis, emergió con el traje usado en el momento del crimen. Sentados juntos en el suelo, sofocados a causa del olor a pies sudorosos, esperamos durante dos horas la llegada del autobús que nos conduciría a los juzgados.

Una vez allí, fui escoltado a la sala del tribunal, atestada de *hippies* floreados, flashes, cámaras de televisión y reporteros que a gritos me pedían declaraciones. Las cámaras se acercaron más aún cuando Ella vino hacia mí y me besó profundamente.

Mi abogado pidió un aplazamiento de cinco días de mi sentencia. El juez condenó a Jack a noventa días de observación en la prisión estatal. Y a Ella le cayeron veinte años de libertad condicional y seis meses de cárcel, pero fue puesta en libertad bajo fianza de apelación. Estupendo: podía irse libremente.

Tom Lynn también tenía que comparecer ante el tribunal el quinto día, pero no respondió a la llamada por megafonía a las cuatro de la tarde. En el vestidor, hablé con miembros de los *Black Panthers* sobre el juicio de Chicago. Y desde una esquina me saludó mi amigo, el tipo de los tatuajes. Estaba en el centro de un grupo, hablando de Tom, denunciándolo, condenándolo a muerte. Me acerqué y le pregunté si acaso no era cierto que quien había entregado a Willie Madden a la justicia había sido su propio padre. Mi pregunta le desconcertó.

—Eh, yo soy Willie Madden, tío. ¿Te sentencian hoy? A mí también. Volveremos juntos y encadenados a la cárcel. Puedes venir con nosotros. Te protegeremos. Te conseguiremos a una de esas lindas perras jóvenes para que te la folles.

Esbozó una sonrisa perversa.

— Eliges a un tipo débil. Le dices que se incline. Si no lo hace, le pegas una paliza. Haces que corra su sangre.

Hizo gestos violentos con las manos.

— Lo tumbas y lo pateas. ¿Qué?, pringado, ¿estás listo ahora?, le dices. Pones el puño así y se lo estampas en la cara. ¿Qué?, gilipollas, ¿preparado? Le bajas los pantalones, te pones un poco de jabón en la polla y se la metes hasta el fondo. Si se resiste, le zurras. Ya verás cómo grita. Tras ello, será tu putita ansiosa, tu chico de los recados. Cuando te vea venir, se alegrará de ser tu perra, porque lo proteges.

Willie sonreía de forma amistosa.

El guardia se acercó a la puerta de la celda.

— ¡Lynn! ¿Está Thomas Lynn ahí?

Silencio eléctrico. Nadie abrió la boca.

— No lo han llamado para que baje del módulo N —dije.

— Está en la lista de los que vais al tribunal. Voy a por él —respondió el guardia.

Aumentó la tensión en la habitación. Comenzaba una película de terror. Nadie hablaba. La pandilla de Willie lo rodeó.

Entonces el guardia abrió la puerta. Tom Lynn, con cara de abatido, vaciló, se paró y luego dio un paso. La puerta le rozó la espalda al cerrarse.

Yo estaba de pie junto a Willie y frente a Tom, quien me miró con cara de súplica. Me acerqué a él y subimos juntos al autobús. Al llegar a los juzgados, nos metieron en una gran celda de detención. Había bancos a los lados y otro banco en el medio, en el que me senté con Tom. Willie y su pandilla estaban detrás de nosotros. Los medidores de peligro parpadeaban en rojo. Y entonces llegó el golpe.

Un rápido y borroso movimiento en el aire. El ruido del crujido de la carne. La cara ensangrentada y aturdida de Tom; sus gafas destrozadas en el suelo. Los puños de Willie se preparaban para golpear de nuevo. Di un salto y me interpusé.

— ¡Espera!

Willie se sorprendió. Tom se tambaleaba. Los tres esperábamos que sucediera algo. Entonces recordé mis días en la academia militar de West Point.

— ¡Guardia!

El agente se acercó:

— Lleve a este hombre al hospital. Está enfermo.

Una ola de murmullos recorrió la habitación.

— ¿Qué has hecho, tío? Ese puto soplón debe morir.

Me senté estremecido. Aquellos tipos tatuados con esvásticas debían de estar furiosos conmigo. Tras un largo silencio, los *Black Panthers* me hicieron señas invitándome a que me uniera a ellos.

— ¿Tienes ácido de ese que te fríe los sesos? — dijo uno de ellos.

Se rieron y seguimos hablando de drogas y de revolución.

Después de un rato me acerqué a Willie, quien estaba alterado.

— No has debido hacer eso, tío. Ha faltado poco para que te partiese la cara a ti. Tenía que zurrarle a alguien. A los soplones los tratamos así, tío.

Fui llamado a la sala del tribunal y me cayó una condena de diez años. Ella lloraba, mientras los *hippies* que llenaban la sala recitaban el mantra *Om*. El Juez exclamó que si no cesaba aquel tarareo, los metería a todos en la cárcel.

De vuelta en el vestidor, Willie me contó más cosas sobre Tom.

—Es un mocoso llorón, tío. Un soplón nato. Ya me había causado problemas antes. Teníamos un escondite cerca de Palm Springs, lleno de armas y heroína. Un fin de semana se ocultó allí una menor, y entonces llegó la pasma, que la buscaba. Les dije que me trajesen la orden judicial, y respondieron que así lo harían. Los tipos que estaban conmigo cubrieron las puertas laterales, y yo cogí una escopeta y dos pistolas y esperé al final del pasillo. Le dije a mi chorba que abriera ella la puerta cuando volviese la pasma. Pero cuando llegaron, aquella cría de dieciséis años se acercó a la puerta y se entregó.

»Así que metimos las armas en el coche y volvimos a casa. Yo estaba en la cocina cuando alguien me dijo que acababa de llegar Tom Lynn. Quería hablar conmigo. Le pregunté si le había dado a la pasma nuestra dirección, y me dijo que sí, que lo había hecho por mi bien. Me preparé para partirle la puta cara. Lennie me dijo que matase a aquel hijo de puta, y mi chorva gritó que le pegase un tiro. Tom retrocedió hacia la puerta, le zurré y entonces se cayó desde el balcón de la primera planta y escapó.

»Es un blandengue. Y un mentiroso. Una vez me dijo que estaba enganchado al caballo, que tenía el mono, y me pidió un pico. Así que le di un cuarto de cucharada y se lo metió. Y a los cinco minutos se estaba muriendo de una sobredosis. Se moría, tío. Todos me dijeron que lo metiésemos en el coche y que lo tirásemos por ahí. Pero yo dije que no, lo arrastré hasta la bañera, la llené de agua fría, le hice el boca a boca, saqué cubitos de hielo y se los puse debajo de las pelotas y le salvé la puta vida, tío. Pregúntale cuando llegues arriba.

—¿Robas porque estas enganchado al caballo?

—Necesito mis cosas. El jaco es lo mío, tío. Con él soy yo mismo. Prefiero meterme un pico que follar. Se volvió hacia uno de los tipos que estaban con él.

—Mike, ¿qué prefieres?, ¿pincharte o follar?

Mike esbozó una sonrisa honesta.

—Follar, tío, follar —respondió, moviendo el puño derecho arriba y abajo como si estuviese masturbándose.

—Si la heroína fuera legal te quedarías sin curro —dije.

—Ya, pero seguiríamos necesitando nuestras armas contra los soplones.

—Si la heroína fuera legal, los soplones también se quedarían sin curro.